

# LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

3.ª EPOCA. 1883.-Año VII	REDACCION Y ADMINISTRACION Barro del Campillo, núm. 15, Granada.	Núm. 5.º Dia 1.º de Mayo
-----------------------------	---	-----------------------------

## SUMARIO.

La Difamacion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
A la hermosa niña Doña Jimena Caballero Tres-Palacios, poesia por Narciso Serra.—Un Mar sin Puerto, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
A la afligida madre de la malograda Maria, poesia por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades, por E.—  
Seccion Doctrinal, por Enriqueta Lozano de chez.

## La difamacion.

Muchos son los males que trae sobre nuestra sociedad la falta de principios religiosos, la falta de verdad en nuestros sentimientos católicos; pero no esos principios, y esos sentimientos y esas creencias, que cada cual comprende á su modo, y practica segun sus deseos ó su capricho, ó su egoismo; sino de la doctrina pura y sencilla, y única é inquebrantable, que Jesucristo reveló á sus discípulos y que la Iglesia nos enseña.

Seres hay que se precian de cristianos, que se enorgullecen con este sagrado nombre, que pasan horas enteras al pié del altar invocando al Dios de la misericordia y el amor, y que sin embargo al salir del templo niegan una li-

mosna al triste mendigo, se entregan á lo que ellos llaman negocios lícitos, comerciando quizá con la sangre del pobre; enriqueciéndose con la usura, sacrificando el porvenir de cien familias á su bienestar ó á su egoismo; no perdonan una ofensa, no tienden la mano al que quizá podrian salvar de caer en un abismo; no se privan de un placer ni pierden una hora de reposo por enjugar el llanto del que sufre; no practican en fin, ninguna de las virtudes que la caridad cristiana nos prescribe.

Pero de todas las faltas que ocasiona el olvido de las santas máximas del cristianismo, de todas las culpas que llevan en pos la ignorancia ó la torpe interpretacion de sus sagrados principios, ningunatan cruel y tan trascendental y tan irremediable, como la difamacion y la calumnia, tan comunes hoy por desgracia en nuestra frívola sociedad.

La calumnia puede introducir la deshonra, la desesperacion ó el infortunio en el seno de una familia digna, ó cuando menos desgraciada.

Puede separar al esposo de la esposa, al



hermano de la hermana, al amigo del amigo, y privar al hombre de la felicidad, de la posición y del respeto y de la consideración de sus semejantes.

La herida que el puñal del asesino hace en el corazón de su víctima, es menos odiosa, menos infame y menos incurable, que la que el calumniador abre en la honra del difamado.

Para la primera, tiene á veces recursos la ciencia: para la segunda, todo remedio es ineficaz.

Verted en la tierra un vaso de agua y tratar de recoger luego una sola gota.

Tirad un puñado de arena á los cuatro vientos, è intentar reunirlo de nuevo en vuestras manos.

Pronunciad unas cuantas frases calumniadoras, y querer luego acallar su eco.

Todo esto es imposible.

Derramad una gota de sangre en la nieve, y la nieve perderá su blancura.

Arrastrad por el lodo la piel del armiño, y la piel del armiño quedará manchada.

Arrojad sobre la tersa hoja de una azucena un líquido corrosivo, y la flor perderá su frescura y el color inmaculado de su cáliz, sin que nada en el mundo sea capaz de devolvérselos.

¡Así es la calumnia!

Y no creais que bastan á disculparla, una intención menos depravada, una apariencia mas segura, la alucinación de un momento, el extravío de una pasión, el amor, la cólera, cualquiera de esos delirios abrasadores que dominan nuestro entendimiento, y que extravían nuestra razón.

¡No!

La difamación es cobarde siempre, y como sus efectos son indestructibles, indestructible es también la mancha que imprimen en la conciencia de aquel que la infiere.

¡Oh! cuántas veces por una palabra dicha al acaso, por una mirada intencionada, por una sonrisa irónica y maliciosa, la difamación mas acerada y mas cruel ha tomado cuerpo, forma y fuerza bastante para destruir la paz

de un hogar, la dicha de un corazón, y el porvenir de un ser generoso y noble.

Y apesar de todo, aquella palabra, aquella mirada, aquella sonrisa, no han tenido mas origen ni mas base que un instante de despecho, una ilusión, una satisfacción del amor propio, un capricho, una nada.

La calumnia una vez lanzada al dominio público, es una avalancha que todo lo arroya y á la cual nadie en el mundo puede contener.

Es un alud que una vez desprendido de la montaña, destruye cuanto encuentra al paso, sin que ninguna fuerza humana pueda detenerle en el espacio.

El mismo lábio que la fórmula, el mismo pensamiento que la dá vida, serian impotentes para detener sus efectos ó para evitar una sola parte de los males que lleva en pos.

Cerremos pues, cerremos nuestro corazón y nuestra mente á todo sentimiento, á toda idea calumniosa, y los desastres que la murmuración y la maledicencia ocasionan casi siempre, acudan á nuestra mente, no solo cuando váyamos á pronunciar una palabra inconsiderada ú ofensiva, sino cuando esa palabra llegue á nuestros oídos, tratando de hacerse señora de nuestro pensamiento, viciando nuestra opinión y haciéndonos creer en el mal.

La caridad cristiana, esa virtud la mas pura, la mas bella, la mas dulce de cuantas el ángel de la guarda deposita en nuestra alma, cuando desciende de los cielos á este valle de lágrimas, sea el dique que opongamos á ese defecto, que enloda nuestro espíritu y que envilece nuestro lábio.

Enriqueta Cozano de Vilchez.





## A LA HERMOSA NIÑA

DOÑA JIMENA CABALLERO TRES-PALACIOS.

Encanto de mis ojos,  
hermosa niña,  
¿qué quieres en mis versos  
que yo te diga?  
si que eres bella  
te lo dirán á voces  
cuantos te vean.

Baldado me encontraba  
cuatro años ántes  
que á esta vida de horrores  
pura bajases;  
baldado sigo,  
y solo con tus besos  
encuentro alivio.

¡Cuánto siento ser viejo!  
si no lo fuera,  
tal vez esperaría  
que me quisieras;  
¡mas la distancia  
de casi treinta años  
que nos separa!...

Acércate, hija mia  
que yo te vea,  
hechizo de mi alma,  
dulce Jimena...  
Mil y mil veces  
bendita tu sonrisa  
que me enloquece.

Bendita seas, niña,  
y quiera el cielo  
darte todas las dichas  
que yo deseo:  
pobre y baldado  
si algo valen mis votos,  
por tí los hago.

Narciso Serra.

UN MAR  
SIN PUERTO,

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

CONTINUACION.

—Para ponerlos á cubierto de todo peligro pasan por hijos de mi hermana de leche, Juana Duró: ella y mi buena nodriza Teodora, cuidan de ellos y los protejen con su cariño, en la alqueria de los prados en el hermoso suelo de nuestra noble y honrada Vizcaya.

—Si: conozco á Juana; ya sabe V. que mis primeros años han pasado en aquél país; conozco á Juana: es una mujer leal, incapaz de una traicion.

—Ella conoce todos mis secretos, y solo el que la presente esta sortija mia, tendrá confianza para mostrarle á los dos ángeles que viven lejos de su pobre madre! así lo hemos convenido mil veces para evitar toda sorpresa; tómela V. padre mio, tómela V. por si yo muero, en cuanto á esos papeles...

La cortina de terciopelo que envolvía el lecho, se agitó imperceptiblemente por el lado de la pared, pero ni Elena ni el padre Carlos pudieron apercibirse de ello.

## VII.

La jóven continuó.

—Oh! no sabe V. á costa de cuantos esfuerzos, á costa de cuantas lágrimas he guardado este depósito. Yo creo.... yo creo padre mio, que pago con mi vida este secreto, por que....

—Que quiere V. decir hija mia, exclamó el sacerdote con afán.

—Antes quiero revelarle el sitio en que están esos papeles, para que V. los ponga á cubierto de todo atentado. Oh! con cuanto afán le esperaba!, y cuanto temblaba de llegar á morir sin haberlos puesto bajo su custodia; tambien quiero.... tambien quiero participarle una duda, una sospecha que me persigue hace ya mucho tiempo, y que quizá... Oh! esto será parte de mi confesion, por que si yo me equivocasé, si los síntomas de mi mal fueran naturales, aunque estraños, si fuese la mano de Dios y no un crimen la que pone fin á mi vida....

El sacerdote dió un paso hácia Elena, y mirándola fijamente, exclamó con voz alterada.

—Como! qué quiere V. decir, hija mia? seria posible,....



—Quién sabe! murmuró la jóven con espresion doliente, quién sabe!

Hubo un instante de silencio.

—Oh! murmuró esta con un estremecimiento involuntario: no se porqué, pero estoy aterrada; apenas me atrevo á pronunciar las palabras que le descubran á V. mis temores, mis agonias. Quisiera poder trasmitirlas de mi corazon al suyo, sin que tuviesen que agitar mis lábios ni ser moduladas por mi acento. ¡Si alguien nos oyese!...

—Aquí estamos solos; tranquilícese V. deseche esos recelos, hijos quizá de su mente.

—Oh! si V. supiera! á veces en el silencio de la noche, cuando yo me creía sola y todo reposaba en torno, he pensado ver agitarse sombras estrañas á mi lado: sombras que cruzaban en torno mio, sin hacer ruido, y deslizándose en el espacio.

—La fiebre... el delirio quizá....

—Y sin embargo, yo las veía claras y distintamente; solo su rostro se me ocultaba siempre, siempre!

—Pero ahora....

—Es verdad: nadie debe penetrar aquí. El momento de una confesion es sagrado y solemne y nadie tiene derecho á interponerse entre el alma que refiere sus faltas, y el ministro de Dios que las escucha. Sin embargo.... yo ruego á V. que....

—Estoy pronto á complacerla: hable V. ¿qué desea?

—El salon que precede á esta alcoba es muy grande y....

—Quiere V. que cierre sus puertas? preguntó el padre Carlos, que aunque juzgaba pueriles y vanos los temores de Elena, queria sin embargo hacerla recobrar alguna tranquilidad.

—Oh! sí, sí: se apresuró la jóven á decir, y Dios le bendiga por su bondad.

El sacerdote salió en efecto de la estancia y se dirigió al salon exterior.

#### VIII.

Antes de que hubiese cruzado el dintel de la puerta, la colgadura colocada detrás del lecho de Elena se agitó silenciosamente, y un hombre separándola con lentitud apareció entre sus caidos pliegues.

Aquél hombre era Fausto de Merán.

En sus miradas habia algo de siniestro, en su sonrisa mucho de sarcástico é infernal.

Elena con los tristes y apagados ojos fijos en la puerta que franqueaba el sacerdote, no se apercibió de aquella aparicion.

Preocupada con las emociones que la agitaban en aquél momento, con los dolores estraños y los desvanecimientos que su mal la causaba á cada instante, pasó la mano por su frente calenturienta, como

para reunir las ideas que fluctuaban en ella, y con un movimiento penoso echó hácia atrás las hermosas trenzas de su cabello.

El padre Carlos habia desaparecido enteramente tras la entornada puerta del dormitorio.

La jóven sintió entonces agitarse la colgadura, volvió los ojos, y vió con espanto un rostro cerca del suyo, un rostro que la dejó yerta de espanto, y oyó un acento alterado por la cólera y el temor que murmuró á su oido.

—Desgraciada! vás á revelar á un estraño lo que debo saber yo solo!

Elena quiso dar un grito, pero la voz quedó cortada y sin fuerza en su garganta.

—Silencio! murmuró Fausto: silencio, una palabra seria tu muerte.

—Socorro! socorro! balbuceó la desdichada, socorro!

Pero antes que hubiese terminado la frase, las manos de aquél hombre se apoyaron en su boca y oprimieron su garganta con un furor desesperado.

Su vida y su porvenir: todos los sueños de su mente, todas las aspiraciones de su alma iban á quedar destruidas con una palabra de aquella mujer.

De aquella mujer que podia acusarle, de aquella mujer que iba á depositar en el seno de otro, lo que hubiera dado su vida por saber.

Por haber escuchado aquellas frases que Elena iba á murmurar en el oido del sacerdote, hubiera sido capaz de derramar su sangre, y aun de vender su eternidad!

Pero que otro las oyera, era su ruina, era su perdicion, era casi su muerte por que era la muerte de su ambicion y de su único anhelo en el mundo.

¿Cómo habia de retroceder ante una violencia, ante un crimen para conseguir su objeto, él que era violento por naturaleza, y cuya conciencia estaba embotada por sus desordenadas pasiones?

Presa de un vértigo terrible, siguió oprimiendo los lábios de Elena, que habian enmudecido ya.

Fausto la habia sentido estremecerse débilmente entre la presion de sus manos: habia apercibido entre sus dedos deslizarse con angustia su apagado aliento....

Despues, aquella pálida cabeza cayó sin fuerza, y con un peso terrible y estraño!

#### IX.

Fausto abrió las manos, y el cuerpo de Elena se deslizó de entre ellas y fué á caer sobre las revueltas almohadas.

Ni una palabra, ni una queja se exhalaba de aquella cárdena boca, ni aquellos ojos desmesuradamen-



te abiertos tenían ya lágrimas ni súplica en la mirada.

Los cabellos se erizaron en las sienes de aquél hombre; un sudor frío bañó su frente pálida y sombría, y con acento trémulo y ronco pronunció algunas frases sin sentido y sin ilación.

Un lijero ruido se escuchó entonces en la estancia inmediata.

Era el padre Carlos que cerraba las puertas del salón después de haber logrado que miss Arabela dejara su asiento y se alejase de aquél sitio.

Fausto que en aquél instante terrible lo había olvidado todo, que casi no recordaba que el sacerdote estaba allí, retrocedió espantado y en su semblante se dejó ver una expresión indescriptible de cólera y enojo.

Su atentado quizá había tenido un testigo, y ese testigo estaba allí!

Podía acusarle, podía revelar á la justicia humana lo que acababa de suceder!

Oh! esta idea le volvía loco!

Fausto sin embargo no era hombre de retroceder ante un obstáculo imprevisto, y sobreponiéndose instantáneamente á la agitación que le dominaba, se ocultó entre los pliegues de la cortina murmurando al par.

—Nadie conoce la existencia de esta puerta secreta. Elena misma la ignoraba; si ese hombre no me ha visto aun puedo... observemos desde aquí, y...

Y permaneció esperando en silencio y oculto.

## X.

El padre Carlos penetró de nuevo en la estancia.

Su semblante dulce y reposado no manifestaba señal alguna de sobresalto ú alteración.

Se acercó á la cama de Elena, para ocupar sin duda junto á ella el mismo lugar que tenía antes; pero ¡ay! que el cuadro que se ofreció á su vista le dejó sorprendido y aterrado.

—Qué es esto? exclamó, pálido como un cadáver y lanzándose sobre la jóven. Qué es esto? Elena!

Y viendo que ella no respondía y que no hacía movimiento alguno:

—Muerta! gritó estremecido ante aquél rostro descompuesto, muerta!

Y corriendo á la puerta la abrió de par en par, pidiendo auxilio con todas sus fuerzas.

El primer impulso de Fausto fué correr á detener á aquél hombre.

El crimen apesar de todo es cobarde siempre, y el miserable tuvo miedo de que vinieran; tuvo miedo de que alguna señal ó algun rastro descubriese su delito.

Por eso no fué dueño de contenerse y salió del sitio en que se ocultaba, mirando azorado el cadáver de Elena y dirigiéndose al padre Carlos para decirle:

— Oh! calle V.

Apesar de que Merán poseía un alma fría y calculadora, y una fuerza de voluntad tan firme como incontrastable, en aquél instante su rostro estaba descompuesto y sus mejillas pálidas y desencajadas.

¿Era el temor que le inspiraba el cuerpo de la condesa frío é inmóvil en aquél lecho, el que le causaba tal terror?

¿Era el temor de verse descubierto, lo que le alteraba de aquél modo?

Oh! quién sabe!

Solo Dios cuya mirada penetra en el fondo de los corazones, hubiera podido descifrarlo.

## XI.

El sacerdote había vuelto á penetrar en la estancia, pero por segunda vez retrocedió al encontrarse cara á cara con Fausto.

¿Por dónde había llegado hasta allí aquél hombre?

¿No acababa él mismo y un minuto antes, de cerrar la puerta de entrada?

—Caballero! V.? preguntó con asombro, V. aquí?

Fausto no le contestó.

Se acercó á la desdichada jóven sin vida, procuró levantar su caída cabeza, y exclamó con acento descompuesto y tembloroso.

—Dios mío, Dios mío pero ¿qué es esto?

Y se golpeó la frente entre las manos manifestando en su aspecto una desesperación estremada y violenta.

El ministro de Dios le miró de una manera profunda.

Quizá en aquél instante aparecieron á su mente las palabras que Elena había proferido algunos minutos antes, los temores que había manifestado y una sospecha terrible surgió en su pensamiento oprimiendo su corazón.

Nada podía decir sin embargo, por que nada sabía con certeza y por que la condesa muerta ó desmayada reclamaba toda su atención.

Fausto que no era hombre que se dejase sorprender por mucho tiempo, que no era hombre de retroceder en el camino que se había propuesto seguir, ni de ceder ante los obstáculos, procurando vencerlos ó con la astucia ó con la fuerza, concibió acaso un plan atrevido que le escudase en todo evento, y hábil en el modo de llevarle á cabo, empezó el papel que se había propuesto representar.

Con la voz más opaca á cada momento, haciendo exclamaciones cada vez más dolorosas y desespera-



das, se retorcia las manos y habia caido de rodillas con el aspecto más angustiado y lleno de dolor.

—Oh! esto es espantoso exclamó el ministro de Dios; ¡y dejarla así! no, no; quizá sea tiempo, un médico.... un médico.

—Sí, sí: que vengan, que la socorran.... que la salven por Dios! llame V.... llame V.! y sin dejar tiempo á que el padre Carlos lo hiciera, se levantó con rapidez y corrió al cordon de una campanilla, agitándole fuertemente.

Dos criados acudieron á la vez.

Gaspar y Dionisio.

Este último era el ayuda de cámara de Fausto, y fué el que este eligió para darle sus órdenes.

—Vaya V., exclamó; vaya V. y avise al doctor, que venga al punto, que la señorita....

—Al doctor Angulo? preguntó Dionisio con marcada intencion, y mirando á Fausto fijamente.

—No, no; contestó este con rapidez, á ese no: á monsieur Dubois que es quien la asiste en esta enfermedad.

—Si el otro viniera.... él quizá podría.... objetó tímidamente Gaspar.

—Silencio, y vaya V. á ocupar su puesto; murmuró Meran dirigiendo á Gaspar una mirada colérica y violenta; y V. Dionisio, cumpla mis órdenes: pero pronto, pronto!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## A LA AFLIGIDA MADRE de la malograda María.

En la luz de la luna silenciosa  
que trasparente y vaga,  
ilumina tu sien casta y suave  
y brilla entre tus lágrimas;

En el fulgor del trémulo lucero  
que cuando el dia acaba,  
riela solitario y ténue y puro  
en el mar de tu alma;

¿No has visto alguna vez, madre doliente,  
en la noche callada,  
la mirada del ángel, que á los cielos  
tendió su leves alas?

Y cuando en torno de tu blanca frente  
suspira errante el aura,  
remedando en sus ecos misteriosos  
gemidos y plegarias;

¿No has creído escuchar el dulce acento  
¡ay! de una voz amada,  
que murmura tu nombre en el espacio  
y que lejos te llama?

Es ella! es que su espíritu bendito,  
rayo de luz sagrada,  
desciende á ti para calmar tu duelo  
é iluminar tu alma!

¡Es ella, es ella, que hasta el cielo quiere  
elevant tu esperanza!  
«¡No llores, dice, que mi gloria turbas,  
«no llores, madre amada!

«Yo soy feliz! mi gozo es infinito,  
«es eterna mi palma,  
«y eterno el ruego que por ti presento  
«de Dios ante las plantas!

«Mi espíritu inmortal de luz cercado,  
«amándole te aguarda,  
«en esta pátria de inocentes dichas  
«¡la pátria de mi alma!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## Variedades.

*La marmota, y otros animales que están  
entorpecidos en el invierno.*

Hay algunos cuadrúpedos, que hácia el fin del estío se sepultan bajo la tierra, para gozar allí un apacible sueño durante el invierno.

El mas notable de estos animales es la *marmota*. Mas no tienen esta propiedad solo los cuadrúpedos, sino que una multitud de animales, que mientras duran los hermosos dias de la primavera y del ve-



rano vivifican y animan tanto la naturaleza, desaparecen con ellos, y quedan por entonces en un estado de entorpecimiento que lo dispensa el cuidar de su conservacion.

Son bien conocidas de todo el mundo las monadas de la marmota.

Se sabe con cuanta facilidad se la domestica, y que se la adiestra á danzar, y á gesticular afianzada en un palo; pero lo que no se conoce tan generalmente es su ingeniosa conducta, en las alturas de los Alpes, donde construye su habitacion en medio de las nieves y de los hielos.

Aunque este animal gusta de las mas altas montañas y vive en la region del frio mas rigoroso, está no obstante mas sujeto que otro alguno á entorpecerse con la falta del calor; y por eso se ocultan de ordinario las marmotas en sus cuevas subterráneas á fin de setiembre ó principios de octubre, y no salen de allí hasta el mes de abril.

Se advierte mucho arte y precaucion en su madriguera, bastante capaz para alojar aun á muchas reunidas.

Constrúyela este industrioso animal en el declive de una montaña.

Figura una especie de galería fabricada bajo de tierra en forma de una Y griega, cuyos dos ramales tienen cada uno su abertura, y ambos en cierta concavidad sin salida, que es el sitio de su mansion. El ramal inferior de la Y está en el declive de la montaña, y por él se escurren los excrementos; el superior les sirve para entrar y salir, y cuando sienten los primeros anuncios de la estacion que las ha de entorpecer, trabajan en cerrar exactamente las dos puertas de su domicilio.

Solo este es el que está á nivel, y tapizado de una capa espesa de musgo y de heno, destinados no solo para su manutencion en el invierno, sino para adornar su madriguera, é impedir que la penetre el frio y que entren sus enemigos.

Es cierto que las marmotas son sociables, que trabajan de mancomun en formar su habitacion, y que hacen durante el estio abundantes provisiones de musgo y de heno.

Dícese que las unas cortan la yerba, que otras la recogen, y que alternativamente sirven de carros para trasportarla á su domicilio; mas el hecho es que se les ve á todas ellas llevar el heno en la boca; y por consiguiente no debe darse crédito á esta historia.

Los piés de las marmotas están armados de uñas, que les dan gran facilidad para socavar la tierra; lo cual ejecutan con una prontitud maravillosa.

Pasan la mayor parte de la vida en su habitacion, retirándose á ella cuando llueve, cuando hay tempestad, ó cuando amenaza algun peligro; apenas sa-

len mas que en dias serenos, y esto sin alejarse mucho.

Unas se divierten en retozar sobre los céspedes, ó en cortar el heno, mientras otras están como de centinela en los parajes más elevados, y avisan con un silbido á las forrajeras al aproximarse algun enemigo.

Nada comen las marmotas en todo el invierno; pues el frio que las entorpece, suspende ó disminuye mucho la traspiracion y las demás excreciones.

A principios del otoño se hallan tan gordas, que algunas pesan hasta veinte libras; pero poco á poco se disminuye su gordura.

Se ha dicho que no bien estos animales sienten el primer frio, cuando se van á algun arroyo, donde están bebiendo mucho tiempo hasta que echan el agua tan clara y pura como la habian bebido, y que así precaven la corrupcion que las materias acumuladas en el estómago pudieran ocasionar durante la larga temporada de su entorpecimiento. Mas lo que parece cierto es, que sacadas de sus cavernas, y disecadas en medio del invierno, se les han encontrado los intestinos totalmente vacíos, y tan limpios como si se hubiesen lavado con agua caliente; prueba de que su entorpecimiento es precedido de una evacuacion, que impide que los excrementos amontonados se corrompan ó sequen demasiado mientras dura este letargo.

Cuando se descubren sus guaridas, se las halla hechas una bola y metidas entre el heno, con la nariz apoyada sobre el vientre, para no respirar mucha humedad; en este estado las cogen, y aun pueden matarlas sin que den muestras de sentirlo; lo cual no proviene de que esté coagulada su sangre, pues si entonces se las sangra, corre como si estuviesen despiertas.

Tambien hay una especie de ratones, cuyo sueño es tan largo y tan profundo como el de las marmotas, por lo que se les llama dormilones. Los osos comen tanto á la entrada del invierno, que parecen quieren alimentarse de una vez para toda su vida. Como naturalmente están gordos, y aun mucho mas al fin del otoño, esta misma gordura les hace soportar la abstinencia de todo el invierno.

Los tejones se preparan del mismo modo para el retiro que hacen en sus madrigueras.

E.



## Seccion Doctrinal.

### CONTINUACION.

—Escucha, Luisa: el lujo y el adorno mejor de una niña, consiste en estar siempre muy limpia, en llevar sus trajes muy arreglados, sin un roto y sin una arruga. Las manchas que una niña lleva en el traje, escriben en él estas palabras, que lee fácilmente todo el que la ve: «Mi dueña es sucia, perezosa y descuidada.» Por el contrario, un vestido limpio y sin ajar, va diciendo á cuantos le miran: «Esta niña es cuidadosa, limpia y juiciosa.» Y como el traje está de continuo á la vista, hé aquí que todos saben los defectos ó las buenas cualidades de su dueña.

—¡Oh! pues yo tendré mucho cuidado de no ensuciar ni estropear mi ropa para que los demás no lean en ella esos defectos.

—En cuanto al valor de nuestras prendas, las niñas deben usarlas de poco costo, y aun así pueden ser bonitas y sentarlas perfectamente. Una niña que desea vestir sedas y blondas demuestra que hoy no es modesta, y que mas tarde será vanidosa, llegando quizá por este defecto á otros muchomayores. El hábito y la costumbre del lujo, hija mia, es el gérmen de muchas desgracias que yo te quiero evitar. El orgullo y la envidia son siempre sus consecuencias, y la que siente en su corazón estas dos malas pasiones, no será nunca ni querida ni dichosa. No ambiciones, pues, hija mia, trajes costosos ni ricos; puesto que en vez de embellecerte te afearían, quitándote la sencillez que tanto adorna á las niñas; no quieras tampoco llevar los distintos cada día, ni ponerte el vestido que has de lucir en el paseo para casa ni para el colegio, pues esto solo probará que ni te agrada el orden, ni eres guardosa. Entre las flores, la que tiene menos galas, menos hojas y menos colores es la violeta y sin embargo, es la que posee mas aroma y es donde quiera mas celebrada, porque es emblema de la modestia y la humildad.

### EL NIÑO MELINDROSO.

—Mamá, el almuerzo no me gusta hoy.

—¿Que no te gusta, Carlitos?

—¡Oh! no; mande V. á la criada que me haga otra cosa.

—Y á mí tambien.

—¡Á tí tambien! pues otras veces has comido sin decir nada, Luisa.

—Como Carlos no quiere, y le vá V. á dar otra cosa...

—¿Quién te ha dicho eso?

—Es que...

—Tu hermano se irá al colegio sin almorzar si no quiere comer lo que le he puesto, y tú si sigues su ejemplo, harás lo mismo tambien.

—Pero mamá, ¿que mal hay en que no me guste una cosa? ¿es preciso comer tortilla á la fuerza?

—Es preciso comer de todo, y dar además gracias á Dios por los manjares que disfrutamos.

—Pero...

—Escucha, hijo mio; al mandarte que me obedezcas en cualquier cosa, deseo que comprendas que mis mandatos son justos, y que los cumplas, tanto por que todo

niño bueno debe hacerlo así, como por que te convenzas de que mis palabras solo se dirigen á tu bien y á enseñarte tu deber. Para que lo conozcas oye lo que voy á contarte. Habia un matrimonio que era muy feliz por que tenia muchas riquezas y dos niños muy hermosos á quien el padre y la madre adoraban con locura. No habia deseo que no vieran cumplido, no habia capricho que no tuviesen satisfecho. Cuando se sentaban á la mesa todo les parecia mal y nada querian comer, encontrando los mejores platos repugnantes y detestables, hasta que á fuerza de cambiarlos lograban satisfacer su gusto. Un día que habian ido con una de sus criadas á pasear al campo, se encontraron un pobre niño, que sentado en una piedra comia con alegría un pedazo de pan negro y una naranja no muy dulce. Aquel niño corrió hacia ellos y abrazó presuroso á la mujer que les acompañaba y que era su hermana. —¿Dónde ibas, Juan mio? le preguntó esta con cariño. —He venido á traerle la comida á padre que está trabajando cerca de aquí ¿y tú, donde vas? —Yo he salido á dar un paseo con los hijos de mis señores —Ah! son estos? preguntó Juan mirando á los niños, y despues de saludarlos con la franqueza de su edad, les ofreció su pan y su naranja con la mayor buena fé del mundo. Escusado es decir que ellos no solo no aceptaron, sino que hicieron mil ademanes de repugnancia, diciendo con acento despreciativo que no sabian cómo habia personas que pudiesen comer aquello. —Este es mi almuerzo de todas las mañanas, dijo Juan sencillamente, y doy gracias á Dios que no me falta, cuando otros pobrecitos no comen nada en todo el día. Los niños ricos no le respondieron, ni se pararon á pensar en aquellas hermosas palabras y siguieron su paseo con el mayor regocijo. Pasó algun tiempo, y por causas muy comunes en la vida, pero que vosotros no entendéis aun, aquellos niños perdieron no solo sus riquezas, sino tambien sus padres, quedando en la mayor indigencia y careciendo hasta de lo mas necesario. Ningun pariente quiso recogerlos, porque sabian lo mal educados, lo exigentes y lo delicados que eran, y sin tener asilo ni refugio ni pan, solo la caridad les abrió sus brazos.

De la noche á la mañana, hijos míos, aquellos niños se hallaron en el hospicio. ¡Imposible me sería pintaros lo que sufrieron allí, ellos tan mimados, tan queridos y tan delicados! tres dias pasaron sin probar alimento alguno! cuanto les daban les repugnaba y no podian decidirse á comerlo. El menor, más débil y con menos resistencia sucumbió al fin, y al cuarto día no pudo levantarse de su pobre y miserable lecho. En vano le instaban á que aceptase el sustento que tanto necesitaba, él movía su cabecita de un lado á otro negativamente, y ni aun podia abrir sus ojos ni sus labios.

El deegraciado niño, no tenia ya su madre que le mimase y le regalase entre mil cosas aquella que fuera de su gusto, y se moria de necesidad porque nada estaba acostumbrado á comer de cuanto allí le ofrecían, y porque desde su infancia no se habian dedicado á vencer su resistencia.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.